

IX CONCURSO DE RELATOS CORTOS “EUGENIO ASENSIO”

CURSO 2017-2018

TERCER PREMIO

CATEGORÍA A

Keltia Dieste Trillo
Escuela Europea de Karlsruhe
Alemania

Al saltar en un charco, ¿qué pasa? La verdad nadie lo sabe. ¿A que nunca te lo habías preguntado? No sabemos lo que pasa porque al saltar en un charco cerramos los ojos, al igual que al estornudar. Solo hay una persona que lo tenía bien claro y esa persona se llamaba Clara.

Clara era una niña rubia con los ojos grandes como la luna llena. Se pasaba los largos recreos de invierno observando los charcos, con sus vestidos de colores y botas de goma amarillas. Se sentaba frente a ellos y los observaba. Todos pensaban que estaba loca y por eso no querían ser su amiga. A Clara nunca le importó lo que los demás pensarán, ella sabía lo que quería. “*¡Abre los ojos Clara! Si no apartas los ojos de esos charcos, te quedarás ciega*” se escuchaba todos los días durante el recreo. Clara se levantaba, le daba a su melena rubia y brillante como el sol una vueltecilla y decía: “*las cosas buenas solo llegan a los que saben esperar.*” Para Clara, esa conversación era su conversación diaria con los niños de su clase en el recreo. Clara no tenía amigos en el colegio, pero tampoco los necesitaba. A todos les gustaba saltar en charcos, pero para Clara, aquello no era un simple juego, para Clara saltar en charcos era algo mucho más especial y según ella, nadie lo hacía bien. Un día Jorge y Sam se fueron a ver lo que hacía Clara, que estaba como de costumbre sentada en frente de un charco. Los dos niños decidieron darle un susto: empezaron a correr hacia ella, pero antes de poder llegar se pararon en seco. Clara se había levantado como si hubiese llegado a una conclusión. Jorge y Sam retrocedieron unos pasos con los ojos medio cerrados. Clara cogió impulso

con sus botas de goma y dio un salto a uno de los charcos. Pero (y esto es muy importante), tenía los ojos bien abiertos. Bajó la cabeza, todo le daba vueltas, en un instante notó una fuerte presión sobre los hombros del cual no se pudo librar. Empezó a caer más profundo en el charco, como si fuese una honda piscina. Levantó la cabeza con un movimiento brusco y en ese momento todo paró de girar. Se encontraba en un espacio gris claro, oscureciendo al horizonte. Alzó sus ojos azules celestes en el oscuro espacio y miró a su alrededor. Las gotas que se crearon cuando Clara saltó, en seguida aparecieron a su alrededor, flotaban en el aire delicadamente y empezaron a flotar en círculos alrededor de ella muy suave y cuidadosamente. En el fondo se escuchaba un suave pitido continuo y molesto, que le empezó a provocar un dolor de cabeza a Clara. Sin poder soportar el sonido más, Clara alzó su mano para intentar agarrar algo, pero en cuanto su mano se separó de su cuerpo, en las gotas de su alrededor apareció una imagen, un video, en cada una de ellas y a continuación, un fuerte flash. Cada una de las gotas era diferente, pero, sin embargo, todas tenían algo en común; cada gota contenía un recuerdo, un acto del pasado, ya fuera una pesadilla o un sueño. Unos parecían alegres, otros, sin embargo, no tanto.

Entonces, Clara, con la curiosidad por las nubes, se apresuró a agarrar una de las gotas. La sostenía en las manos, la pasaba entre sus dedos temblorosos y la balanceaba de lado a lado, sin quitarle ojo a las imágenes que proyectaba el montoncillo de agua. Sin pensarlo dos veces, tiró la gota al aire haciendo que aterrizase en su cabeza. Se encontró en un precioso paisaje de campo, con una casa grande y pobre a su izquierda. Al fondo se podían ver dos niños de más o menos 5 años montados en un triciclo, uno rojo y otro verde. En ese instante, se escuchó una voz alta y rasgada, salía de cerca de los niños. Ellos dos empezaron a darle a los pedales y sus triciclos alcanzaron una velocidad increíble. Clara no se movió de su sitio, ella seguía contemplando a los dos muchachos que arrasaban la pista con sus triciclos. A Clara, esa situación ya le era conocida, como si ella ya hubiera estado allí antes. Los dos niños continuaron pedaleando, estaban ya muy

cerca de Clara, pero ella no movió ni un pelo. Contemplaba a los dos niños con una mirada fulminante. Uno de ellos se paró en seco al llegar a una marca pintada en el suelo en el que se podía leer la palabra "meta" pero el segundo niño, sin embargo, seguía pedaleando y cogiendo velocidad. Cada vez la distancia entre ellos se acortaba hasta que se convirtió en centímetros. Clara intentó moverse hacia un lado, pero antes de poder dar un paso, el niño ya la había alcanzado. Sus ojos profundos como el mar se abrieron a modo de platos. El chico le había atravesado como si fuese una simple sombra. Pero ese detalle no fue el que más le sorprendió. Ella se acababa de dar cuenta de otra cosa que le llamaba mucho más la atención. Giró la cabeza hacia atrás bruscamente y el niño seguía hacia delante sin pensar en frenar. No muy lejos de donde estaba Clara había un pequeño cruce que se formaba por dos casas haciendo esquina. Él siguió pedaleando hacia delante hasta llegar a la esquina de una de las casas, donde apareció una niña con un elegante vestido y su melena rubia recogida en dos coletas. Al fallar el intento de frenada que quiso realizar el pequeño, los dos se chocaron. A continuación, llegó una mujer alta y rubia que, al ver a su hija en el suelo, dio un grito - "*¡Clara! Hija, ¿¿estás bien??*"- mientras la recogía entre brazos. Clara, que observaba lo sucedido a unos metros, apartó la mirada confusa y dolorida. Entonces, en ese momento, la imagen de su alrededor empezó a emborronarse como la pintura de un cuadro mojado, hasta volver al estado primero, donde había empezado todo; en la sala gris. En cuestión de segundos, las gotas que tenía a su alrededor volvieron a aparecer, pero esta vez cada una tenía un borde de color, algunos verdes y otros fucsias. Después de dar unas vueltas alrededor de sí misma encontró la gota en la que ella estuvo y esta tenía un borde fucsia intenso. Entonces ella entendió lo que significaban esos colores; los recuerdos buenos y los recuerdos malos.

Las gotas de su alrededor volvieron a caer como gotas normales y corrientes al suelo y ella pudo volver a ver al patio de su escuela. Jorge y Sam también estaban allí y ahora podían volver a moverse, como si antes hubieran estado congelados. Clara se cayó

sentada sobre el charco y, mientras los dos niños se reían de ella, ella cogió dos gotas del charco, una verde y otra violeta-fucsia y se las lanzó a los chicos sin pensarlo dos veces, una detrás de la otra. Las gotas volaron campo a través hasta alcanzar la cabeza de los dos niños, haciendo que sus caras palidiesen. A partir de ese día todos querían ser sus amigos. Entonces Clara sonrió y dijo: “*¡Pobres... estabais tan ciegos!*”